

España, pues hace referencia a cuestiones de muchos otros ámbitos eclesiales. Acorde a las peticiones del Concilio Vaticano II, el secretario de la Conferencia Episcopal Española hace con su discurso uno de los mejores exponentes de las inquietudes pastorales de los obispos españoles: por el lúcido planteamiento de los problemas, por la sugerencia de caminos de profundización, por la llamada a la teología en su función evangelizadora, etc.

Pensamos que el conjunto de los trabajos ahora editados constituye una valiosa aportación al terreno de la antropología cristiana, pensada teológicamente a la luz del Concilio Vaticano II, y, por tanto, en su íntima relación con los misterios revelados de Dios y de Cristo. Estos misterios, con el hombre, constituyen un núcleo de reflexión teológica fundamental, sobre el que gira y en el que se alimentan las restantes cuestiones teológicas y pastorales.

El presente volumen, de lectura muy enriquecedora y sugerente, tiene como punto de mira la decisión de trabajar positivamente en la renovación de una antropología teológica fiel a sus orígenes y asentada sin timidez en la verdad cristiana.

Antonio QUIRÓS

Antonio ARANDA, *Estudios de pneumatología*, EUNSA («Colección Teológica» 45), Pamplona 1985, 250 pp., 15'5 x 24.

Este libro del Dr. Aranda Lomeña (profesor de Teología Dogmática en la Universidad de Navarra) reúne un conjunto de estudios sobre la teología del Espíritu Santo, cuyo denominador común es el análisis de algunos testimonios fundamentales de la pneumatología de los primeros siglos cristianos. La teología del Espíritu Santo está conociendo en estos últimos años un significativo desarrollo, incluso antes de la Encíclica de S.S. Juan Pablo II *Dominum et uivificantem* de 1986, que sin duda ha supuesto un impulso para esta línea de investigación teológica. Podría afirmarse que la pneumatología es una de las orientaciones más claras y prometedoras de la teología reciente. Esta inquietud intelectual es también reflejo de un vigoroso renacimiento de la conciencia práctica de la presencia activa del Espíritu en el ámbito universal de la Iglesia y constituye, en cierto modo, un signo de los tiempos, cuando está para expirar el segundo milenio de la historia de la salvación. Con palabras del actual Papa, «La Iglesia está llamada a esta misión de anunciar el Espíritu mientras, junto con la familia humana, se acerca al final del segundo milenio después de Cristo. En la perspectiva de un cielo y una tierra que «pasarán», la Iglesia sabe bien que adquieren especial elocuencia las «palabras que no pasarán» (Mt 24, 25). Son las palabras de Cristo sobre el Espíritu Santo, fuente inagotable del «agua que brota para la vida eterna» (Ioh 4, 14), que es verdad y gracia salvadora. Sobre estas palabras quiere

reflexionar y hacia ellas quiere llamar la atención de los creyentes y de todos los hombres, mientras se prepara a celebrar el gran Jubileo que señalará el paso del segundo milenio al tercer milenio cristiano» (*Dominum et vivificantem*, 2).

Este contexto, a la vez intelectual y existencial, hace particularmente interesante este trabajo, concebido como un acercamiento a las fuentes de la pneumatología, a los testimonios más relevantes de la Sagrada Escritura y de la Tradición más antigua de la Iglesia.

Dos son, en realidad, las líneas de fuerza del libro. Una de ellas es, como ya se ha indicado, la pneumatología. La otra surge espontánea de la pluma del Prof. Aranda, que a menudo se plantea, con el rigor propio de buen investigador, el problema del método teológico. Su acceso a las fuentes, bíblicas y patristicas, le lleva a cuestionarse por la metodología que debe seguir en sus estudios. Con respecto a la Sagrada Escritura, el Autor, cuando analiza el contenido pneumatológico de determinados pasajes bíblicos, evita el peligro de perder de vista el contexto tanto bíblico como teológico, por caer en lo que denomina «investigación estratigráfica» de la Escritura, es decir, en una excesiva valoración de los métodos analíticos con el riesgo de convertir la búsqueda de la verdad revelada en una prospección a través de distintas capas sedimentarias, superpuestas más que compenetradas; el Prof. Aranda sostiene que el análisis, imprescindible, debe dar una posterior síntesis que, además de englobar los resultados, los purifique. Con respecto a los testimonios de la Tradición, el método utilizado no se limita a cuestiones histórico-positivas (el autor, los precedentes, la situación histórica...) de los textos, sino que se centra en el contenido doctrinal de los mismos. El Prof. Aranda valora las aportaciones que la investigación historiográfica ha realizado sobre los testimonios patristicos y, a partir de ahí, analiza detalladamente la riqueza doctrinal que encierran. Alguna vez incluso traspasa las pretensiones de su método y llega a sostener tesis de tipo historiográfico; así, por ejemplo, cuando estudia la doctrina pneumatológica del símbolo de San Cirilo de Jerusalén, el Autor se inclina no por su origen oriental ni occidental, sino por un origen previo a la distinción de la Iglesia en zonas, lo que presupone la existencia de un Símbolo básico que fuera un legado de la Iglesia apostólica o próximo-apostólica. Esta hipótesis es una interesante conclusión derivada de un minucioso análisis del Símbolo.

El libro se divide en tres partes, claramente diferenciadas. Una primera parte, que corresponde al primer capítulo, se titula «Líneas de fuerza en la pneumatología bíblica». Se analizan, en primer lugar, los pasajes veterotestamentarios que hacen referencia al Espíritu de Yahweh, o mejor, al Espíritu de la paternidad de Yahweh. El Nuevo Testamento es objeto de estudio más detenido (Evangelios sinópticos; San Juan; Hechos de los Apóstoles; Epístolas paulinas). Concluye el Prof. Aranda que una reflexión sobre estos datos bíblicos exige hacer una primera distinción entre su *actuación salvífica* en el Antiguo Testamento y su *donación* en el Nuevo. La paternidad divina, ya revelada

en el Antiguo Testamento, es una auténtica manifestación de Dios y una fuente de conocimiento; sin embargo, refleja indirecta y oscuramente el misterio divino trinitario. Es en el Nuevo Testamento donde todo esto alcanza su plenitud; el Espíritu de la revelación neotestamentaria es también Espíritu paterno, pero al mismo tiempo es Espíritu de filiación, más propiamente Espíritu de Cristo. Nos parece muy acertada la denominación que el Prof. Aranda atribuye a la Tercera Persona de la Trinidad como Espíritu de la redención, pues el Nuevo Testamento nos da a conocer al Espíritu como Don.

La segunda parte también queda limitada a un solo, pero rico, capítulo, titulado «Aspectos de la doctrina pneumatológica en autores del siglo II». Las reflexiones teológicas del Prof. Aranda giran en torno a las expresiones pneumatológicas de la carta de S. Clemente de Roma a los Corintios, de cuatro epístolas de S. Ignacio de Antioquia, de distintos escritos apologéticos (S. Justino y Atenágoras) y, por último, de S. Ireneo de Lyon, al que dedica extensas y detenidas páginas (el Espíritu Santo en las exposiciones de la regla de fe, el Espíritu Santo habló por los profetas, características divinas del Espíritu, la obra del Espíritu en el hombre, el Espíritu del Padre). A la vista de estas consideraciones, se puede apreciar que la doctrina pneumatológica del siglo II está engarzada de tal modo con la revelación bíblica que, de entrada, parecería una mera repetición de ésta. Pero es, junto a eso, mucho más, porque procede de una reflexión desde la fe de la Iglesia: una reflexión que pasa por la comprensión que la Iglesia tiene de la verdad revelada. Especialmente en Ireneo se mantienen todas las líneas pneumatológicas bíblicas y se transmiten con gran rigor intelectual, entrecruzadas con la doctrina trinitaria y cristológica. El Autor señala, de acuerdo con el parecer de muchos especialistas, que un teólogo del siglo XX, que reflexiona en la perspectiva del Concilio Vaticano II, se ha de sentir a gusto leyendo a Ireneo de Lyon, y que encuentra en él un manantial de inspiraciones para las cuestiones teológicas actuales. «Hemos de saber expresar —afirma el autor del libro— en nuestra época con renovada fuerza el misterio de la salvación del hombre que no es otro sino el de la donación de Dios. Y en esta tarea nos conviene seguir el modelo de los que nos han precedido, porque ellos —a su modo, en su tiempo, con sus palabras aún balbucientes y limitadas— lo consiguieron» (p. 119).

La tercera parte del libro se desarrolla en tres capítulos, referentes todos ellos a «El Espíritu Santo en los Símbolos» de los siglos II-IV. Se estudian abundantes Símbolos: el Símbolo contenido en la *Traditio Apostolica* de S. Hipólito, la Exposición de fe de S. Gregorio Taumaturgo, el Símbolo del papiro Dêr-Balyzeh, el de S. Cirilo de Jerusalén, el de Alejandro de Alejandría y, por último, tres Símbolos, muy emparentados entre sí, los Símbolos Armeno Mayor, el Pseudoatanasiano y el *longior* de S. Epifanio. La metodología seguida por el Prof. Aranda es modélica. Sitúa cada Símbolo en las coordenadas de espacio y tiempo y se detiene en las cuestiones histórico-críticas que muestran las características propias de cada Símbolo y sus relaciones o depen-

dencias mutuas. Pero lo más importante para los intereses del autor es, según sus presupuestos metodológicos, el análisis doctrinal de los Símbolos. El libro se centra sobre todo en el ciclo del Espíritu Santo, ya que los Símbolos analizados son de estructura ternaria y, por tanto, portadores de tres ciclos (el de Dios Padre, el de Dios Hijo y el de Dios Espíritu Santo). Muchos son los aspectos teológicos en que se detiene el minucioso estudio de casi palabra por palabra y frase por frase realizado por el autor. Además de resaltar la originalidad y riqueza teológica del Símbolo de S. Gregorio Taumaturgo, verdadero precursor de la pneumatología de los Capadocios, se aprecia que estos Símbolos, sea cual sea su tradición teológica, se enraizan fundamentalmente en la Escritura. El Autor insiste en que la fórmula final de los Símbolos (la creencia en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne, en el bautismo de conversión, en la Iglesia una, santa, católica y apostólica, en la vida eterna) no es una mera cláusula conclusiva del Símbolo, al margen de los tres ciclos trinitarios, sino que, integrándose en el tercer ciclo del Símbolo, expresa la acción santificadora del Espíritu. Algunos de estos Símbolos, como el Armeno Mayor, el Pseudoatanasiano y el *longior* de S. Epifanio llegan incluso a forzar sus expresiones lingüísticas para resaltar el paralelismo del ciclo pneumatológico con el ciclo cristológico.

Este libro supone una importante aportación a la pneumatología contemporánea. Incorporando los datos procedentes de la teología positiva (exégesis bíblica y patrología, sobre todo), conocidos por el autor a partir de la más reciente y autorizada bibliografía, el Prof. Aranda desarrolla sus dotes especulativas «reflexionando» —es éste un término de su agrado— a fondo en la doctrina pneumatológica de la Escritura y de los primeros testimonios patrísticos. Hubiera sido deseable, quizá, un estudio del Símbolo de los Concilios de Nicea y de Constantinopla I. El libro se concluye con abundantes índices que facilitan su lectura.

Alberto VICIANO

Karl. H. PESCHKE, *Ética cristiana. Teología morale alla luce del Vaticano II*. Vol. I: *Teología morale generale*, y vol. II: *Teología morale speciale*, Pontificia Università Urbaniana («Subsida Urbaniana» 21 y 18), Roma 1986, 512 pp. y Roma 1985, 843 pp., 15'5 x 21.

Karl Heinz Pescke, miembro de la Congregación misionera del Verbo Divino, después de realizar estudios teológicos en Alemania y Roma, marchó a Filipinas, donde permaneció hasta 1984; en esta fecha se trasladó a la Pontificia Universidad Urbaniana, de la que ahora es profesor. Durante su docencia en Filipinas publicó, en 1975, un manual de Teología Moral, del que en 1985-1986 aparecieron con-